

la feria de los días

AL EXPLORAR hace poco los anaqueles de una de las cada vez más escasas librerías de viejo que han quedado en la ciudad, tropecé de pronto con un libro titulado *México al día* y suscrito por el señor Adolfo Dollero. Ni aquel rótulo ni este nombre me hubieran hecho adquirirlo, pues nada me decían; en cambio picaron mi curiosidad la fecha de la edición (1910); la noticia de que se trataba de un "relato fiel de lo que yo he visto y de mis impresiones personales", y el haber averiguado que el "yo" que así hablaba era un visitante extranjero capaz de garantizar una "franqueza... ruda", un acopio suficiente de datos necesarios, y un deseo explícito de "decir la verdad aun cuando no agrade". ¡Qué mejor lectura para las últimas semanas de este año en que conmemoramos —cada cual a su modo— el medio siglo de nuestra revolución, que la de tamaño testimonio de primera mano!

Y en efecto, no me arrepiento de la adquisición del volumen del señor Dollero (por lo demás, publicado en cinco idiomas: castellano, inglés, francés, italiano y alemán). Gracias a él me he enterado, al fin, de la verdad. O sea, que la Revolución mexicana, cuyo medio centenario hemos celebrado con innegable solemnidad, y que en la escuela nos enseñaron desde siempre a escribir con respetuosas mayúsculas, es ni más ni menos que un enorme mito.



HE AQUÍ LAS PRUEBAS:

a) El señor Dollero visitó en aquel tiempo el norte de nuestro país. Especialmente permaneció un medio día en los viñedos de la familia Madero, "bien cultivados y bien regados", aunque "la vid no tiene el mismo desarrollo que en Europa ni da la misma cantidad de uva"; allá saboreó varias clases de vinos, en particular "el tipo Sauterne, el Málaga, Moscatel y el Claret, tipo de California". Lo cual no le impidió un análisis concienzudo de la situación, como puede verse en seguida:

"Yo deseaba formarme una idea exacta de lo que había sucedido porque la prensa alarmista había descrito los hechos de tal manera que parecía se hubiera tratado de una gran revolución peligrosa para el bienestar de la joven república. Nada de eso. Algunos mexicanos desterrados desde hace varios años intentaron pescar en aguas turbias, fomentando desórdenes entre elementos ignorantes y lograron provocar no una verdadera revolución, sino varios ataques injustificados y actos de vandalismo en algunas aldeas sin importancia. Se había di-

cho que los desórdenes debían de estallar simultáneamente en varias ciudades de la frontera norte, pero todo se redujo a pocas intenciones de un populacho deseoso de aprovechar el desorden bajo pretextos políticos.

"Hablamos con el Alcalde de Viesca, agente también del Banco de Nuevo León y rico comerciante y le suplicamos nos favoreciera algunos informes sobre lo acaecido para no equivocarnos en la narración de los hechos. El Alcalde nos enseñó pruebas inequívocas de los numerosos proyectiles disparados de arriba para abajo en contra de sus criados y de su familia, prueba indudable que debería tratarse de bandoleros, pues era imposible suponer que personas animadas por fines políticos pudieran cometer violencias en contra de señoras, niños y criados que seguramente no podían tener ninguna participación en el Gobierno establecido.

"Además varios de los principales autores de tales violencias eran deudores personales del Alcalde, e intentaban liquidar sus cuentas con un sistema de absoluta novedad. Nos convencimos de esto al examinar personalmente los libros de contabilidad.

"Por lo tanto, todo se redujo a un ataque por sorpresa verificado por algunas decenas de hombres de malas intenciones y dispuestos al pillaje que en efecto realizaron en algunas oficinas públicas en donde encontraron gente inerte o escasa resistencia. Por lo contrario, de la casa del Alcalde de donde pretendían obtener \$ 20,000, se alejaron a toda prisa tan pronto como comprendieron que habría habido una resistencia enérgica.

"No faltan nunca descontentos y sería imposible pretender que no hubiera en México también, pero en el caso citado es absurdo creer en una revolución no lograda, cuando los asaltantes pertenecían todos a las bajas capas sociales y estaban mandados por analfabetas.

"Hoy día el pueblo mexicano ha podido conocer bien las enormes ventajas de la paz que desde tantos años impera en la República, y comprende que cualquiera revolución solamente podría perjudicar el progreso y bienestar de la misma. Por lo tanto es mi convicción personal que es una utopía pensar en una revolución: los mexicanos quieren a su patria y no hay duda que no querrían exponerla a una posible intervención armada por parte de los Estados Unidos del Norte que no podrían quedar inactivos si vieran algún peligro para los enormes capitales que han invertido en la República. La generación de los revolucionarios puede decirse que ha acabado: la generación nueva, educada a la moderna, que conoce los tristes resultados de las guerras civiles, que conoce el verdadero progreso y la verdadera civilización se levantaría en contra de cualquiera que intentara conducir a su patria en una marcha retrógrada y se reuniría entonces con más vigor que nunca, alrededor de la bandera tricolor y del anciano patriota que tantos años rige sus destinos! Diré más: creo que hasta en caso de una desgracia nacional como sería la falta del jefe actual de la República, no tendrían lugar desórdenes o intenciones de revolución y que la nación procedería a nuevas elecciones con la calma y la educación civil dignas de un país moderno."

b) Naturalmente, después de escritos los anteriores renglones continuaron ocurriendo movimientos armados, y circulando rumores alarmistas. Pero de ellos dispone, con la ruda franqueza que lo caracteriza, el luminoso periodista italiano radicado entre nosotros (me refiero, por supuesto al señor Dollero), en una nota ubicada en la página 850 del volumen que poseo, entre un emocionado "¡Adiós! ¡Adiós!" y unos datos sobre la extensión territorial aproximativa de los

Estados y Territorios de la República Mexicana. La nota dice así:

"Pudiera llamar la atención el hecho de no haber mencionado en este libro los acontecimientos que se han estado desarrollando en Chihuahua durante estos últimos meses. La razón es sencilla. Conociendo bien al país y a los habitantes no puedo conceder a esos movimientos una importancia que no merecen. Debo pues confirmar acerca de la marcha futura del país, de su seguridad actual y de sus ideas políticas todo lo que he escrito al hablar de Viesca (Coah.) ¿Si México hubiera estado ansioso de cambiar radicalmente su Gobierno y de conquistar mayores libertades civiles por medio de la violencia, qué mejor oportunidad para un levantamiento general? Esto es precisamente lo que no ha sucedido. Entre los malcontentos no he podido encontrar un solo nombre de prestigio, una persona sola que haya sido siquiera conocida antes en el país y capaz de atraerse simpati-

zadores... Si esta situación se ha prolongado más de lo esperado en el Estado de Chihuahua, se debe a las condiciones especiales de esa *sierra* extraordinariamente abrupta, sin centros de importancia, y llena de gargantas, de barrancas y desfiladeros, en donde un puñado de hombres puede fraguar emboscadas, esconderse y reaparecer con ese conocido y siempre nuevo sistema de guerrillas que dificulta tanto una acción uniforme y violenta en su contra. Repito pues que esos acontecimientos, por cuan lamentables, no se pueden titular *revolución* ni pueden influir sobre la marcha decidida del país hacia el progreso."

SI HE DE SER a mi vez franco, aunque sin rudeza, debo advertir que el señor Dollero incurre en algunas exageraciones. Por ejemplo, al asegurar la ausencia entre los malcontentos, de "un solo nombre de prestigio,

una persona que haya sido siquiera conocida antes en el país y capaz de atraerse simpatizadores." Aunque sólo fuera por la cantidad de vino que le fue ofrecida en los viñedos de la familia Madero, hubiera sido preferible que nuestro autor midiera este apellido con una vara un poco más indulgente. En todo caso, es de agradecerse que su devoción a la verdad, "aun cuando no agrade", nos haya descubierto, a cincuenta años de distancia, la naturaleza insignificante, la definitiva trivialidad, de eso que solemos llamar Revolución Mexicana y que, por lo visto, ni merece un tratamiento en tal forma, ni modificó jamás, a despecho de cuanto se nos alega en contrario, el rumbo de nuestra historia. A no ser por estos periodistas italianos que llegan a México en ocasiones críticas y ponen los puntos sobre las íes, ¿qué sería de nosotros?

—J. G. T.



El charlatán, 1760